

“aunque puestas sin cimientos en la tierra, permanecen despues de tantos siglos sólidas y en una perfecta integridad. El Papa Clemente VII la ha revestido por todas partes con este adorno de mármol, en el año 1525. Clemente VII, soberano pontífice, ha mandado escribir sobre esta piedra una corta historia de esta admirable traslacion, el año 1595. Antonio María Gallo, cardenal presbítero de la santa Iglesia romana, obispo de Osimo, protector de la Santa Casa, ha cuidado de ejecutar esta orden. En cuanto á vosotros, piadosos extranjeros, venid religiosamente á implorar á la Reina de los Angeles y á la Madre de las gracias, á fin de que por sus méritos y por sus oraciones, consigais de su amable Hijo, autor de la vida, el perdon de vuestros pecados, la salud del cuerpo y las alegrías de la eternidad.”

Entramos por fin á la santa, á la santísima casa. Lo que ya hemos dicho puede servir para formarse de ella una idea. Resta precisar las dimensiones y darla á conocer con todos los cambios ligeros y los nuevos adornos que la piedad de los soberanos Pontífices ha creído de su deber llevar allí. La Santa Casa tiene veintinueve piés ocho pulgadas de longitud por doce piés ocho pulgadas de latitud y trece piés tres pulgadas de altura. Las paredes tienen un pié dos pulgadas de espesor. No son de ladrillo, sino de piedras vivas, de color rojizo, en las cuales serpentean pequeñas venas amarillas. 1 Estas

1 He examinado, dice el famoso Saussure, médico protestante, los materiales de la Santa Casa; está construida de piedras cortadas en forma de grandes ladrillos, colocadas una sobre otra y tan bien unidas, que no dejan entre sí mas que pequeños intervalos. Estas piedras han tomado casi el color del ladrillo, de modo que á primera vista se las toma realmente por ser de una especie de tierra cocida; pero examinándolas con atención se conoce que son de una piedra arenosa de un grano finísimo y muy compacto. *Memoria*

de mediano tamaño y de una forma poco regular se parecen á nuestros morrillos 1. He dicho que las paredes están aisladas de la revestidura de mármol. Nos fué fácil convencernos de ello por medio de una bujía colocada entre los edificios. El intervalo puede ser de dos pulgadas y media. Ningun cimiento sostiene la augusta casa, cuyas paredes descansan sobre el suelo limpio, y en un lado, á causa de la desigualdad del terreno, ni aun tocan al suelo.

De esto ha habido lugar de asegurarse en diversas ocasiones al hacer la renovacion del enlosado exterior. El célebre Tiburcio Vergelli, arquitecto de la Santa Capilla, hizo notar este segundo prodigio á monseñor Buzi, gobernador de Loreto, y á una multitud de otros testigos recomendables, pasando libremente su baston entre las paredes y la tierra. 2

Sobre una de las paredes se distinguen los restos de una antigua pintura que representa á San Luis milagrosamente librado de las cadenas con que le habian cargado los Sarracenos.

La antigua cubierta no existe ya. Las tejas han sido colocadas sobre el pavimento actual; una pieza del armazon primitivo está al nivel del pavimento en donde, continuamente pisado por los piés de los peregrinos, permanece sin alteracion. Otra atraviesa la capilla y sostiene las lámparas de plata que arden delante de la Santísima Virgen. Muchas cabezas de vigas que sostenian en otro tiempo el techo se encuentran hoy aserradas al nivel de la pared. Todas aquellas piezas son de cedro, madera enteramente extraña en Italia y muy comun al contrario en la Judea. Esas maderas, á pesar de su antigüedad,

sobre la *Constitucion física y Geológica de la Italia*.

1 Piedra de figura irregular que se emplea en las construcciones.

2 Martorile., *Trat. histor.*, t. II fol. 388.

se conservan enteras y sin picaduras, como si acabasen de ser cortadas y de ser puestas en la obra.

En medio de la Santa Casa está el altar. Un pequeño postigo colocado delante permite ver el antiguo altar de piedra, que vino con el venerable santuario; á la izquierda se halla el santo armario encerrado en un aparador moderno. Allí se conservan las dos pequeñas escudillas en forma de tazas que sirvieron con otras muchas cosas para usos de la santa Familia. Son de tierra cocida, de un color blanquizco listadas de rojo. Detrás del altar se abre un pequeño gabinete llamado *il Santo Camino*, á causa de la antigua chimenea colocada en el fondo. El hogar de este augusto monumento, tiene cuatro piés tres pulgadas de altura, dos piés dos pulgadas de latitud y seis pulgadas de profundidad. Allí se conserva una tercera taza semejante á las procedentes; pero por su feliz privilegio, ha escapado de la espoliacion francesa de 1797. Está cubierta con láminas de oro, sobre las cuales están grabados los misterios de la Anunciacion y de la Natividad del Salvador.

Encima del *Santo Camino*, en un nicho en otro tiempo de oro sembrado de piedras preciosas, pero hoy adornado solamente con arabescos de madera dorada, se venera la antigua estatua de la bienaventurada Virgen. Es de cedro de Líbano, así como la del Divino Niño que descansa en los brazos de su Madre. La altura de la primera es de dos piés ocho pulgadas; la segunda tiene un pié dos pulgadas. Gracias á la piedad reconocida del mundo católico, la augusta imagen está enriquecida con un número infinito de piedras preciosas y de *ex-voto* de oro y de plata. Abajo de la Santa Capilla se abre la ventana del ángel, provista de una reja de bronce cincelado, que corona la cruz contigua traída con la Santa

Casa y cuya latitud es igual á la altura. Despues de haber echado una mirada en conjunto al venerable monumento, entramos á la gran capilla del tesoro.

Hé aquí desde luego la sacristía destinada para que se revistan los sacerdotes que deben celebrar la misa en el altar de la Santa Capilla ó en el de la Anunciacion. Los ojos se deslumbran por el brillo de las pinturas y de las decoraciones. El admirable cuadro del Guido que representa á una piadosa señora instruyendo á unas niñas, la Santísima Virgen con Nuestro Señor; el Salvador delante del pueblo despues de su flagelacion, de Gerardo de las Noches; el San Gerónimo de Pablo Veronés; el entierro de Nuestro Señor por el Tintoreto, la graciosa Madona guardada bajo cristales, magnífica copia de Rafael, ejecutada por Sasso Ferrato; la Santa Familia en la mesa, por el Corregio, tales son las obras principales que adornan aquella espléndida sacristía.

A la izquierda está una puerta gruesa, guarnecida de hierro y de cerrojos que da entrada á la capilla del Tesoro, construída por Paulo V en 1682. La bóveda está cubierta de pinturas de gran belleza debidas al pincel de Cristóbal Roncalli, por sobrenombre el Pomarénico. Allí se vé toda la vida de la Santísima Virgen. El centro de la bóveda forma tres compartimientos; en el centro brilla la augusta Madre teniendo á su Hijo en sus brazos, sentada en la cima de su Santa Casa y llevada por grupo de espíritus celestes. Sesenta y nueve armarios de nogal rodean la sala. Es tal la belleza y la riqueza de sus adornos que han costado quinientos sesenta mil francos (ciento doce mil pesos.)

Aunque el tesoro agotado por las guerras y los saqueos haya sufrido grandes disminuciones, tiene todavía bastante para sorprender. Allí se ve una multitud innumerable de corazones de oro y de plata,

de telas preciosas, de cálices, de perlas, de diamantes, de cuadros, de candeleros, de relojes, de cintillos, de cruces, de estatuas, de jarras, de custodias, de coronas, de collares, de rosas, de lámparas, de incensarios, de lebrillos y de otros objetos preciosos. Vimos especialmente los cálices de oro dados por Murat y por el príncipe Eugenio. ¿No es un bello espectáculo el de todas aquellas riquezas ofrecidas por los pontífices y los reyes, por los príncipes y por los cristianos de todos los países, al Dios hecho pobre para salvarnos, y á la dulce Virgen que haciéndose su Madre se hizo también madre nuestra y dispensadora de todos los tesoros del cielo? ¿Qué uso más noble y más útil puede hacer el hombre vasallo de Dios, de los bienes que ha recibido, que el de consagrar una parte de ellos en pagar el tributo sagrado de la sumisión y del reconocimiento? En el número de estas ricas ofrendas figuran también dos estandartes tomados á los Turcos en la batalla de Lepanto. Da gusto ver en todas las iglesias de la Italia consagradas á la Santísima Virgen, los trofeos de aquella victoria que salvó á la cristiandad y que con voz unánime atribuyen á la Reina de los ángeles y de los hombres, el Pontífice que ordenó la expedición, el gran capitán que la mandó, los generales que combatieron bajo sus órdenes, el ejército y el pueblo.

Veinte armarios están vacíos de los dones de la piedad. ¡Humillante recuerdo! ¡Porque es preciso que el viajero francés se vea obligado á reconocer por autores de aquella espoliación sacrílega á sus demasiado culpables compatriotas! Entramos de nuevo á la Santa Capilla, pedimos perdón para aquella patria tan querida, suplicando á la Madre de las misericordias que lo olvidase todo, ménos que la Francia es su reino: *Regnum Gallie regnum Mariae*.

Al salir de la iglesia visitamos los salones del palacio apostólico, verdadero museo en donde la riqueza de los objetos rivaliza con la perfección del trabajo. La botica sagrada, ofrece en seguida á la admiración del viajero las trescientas ochenta jarras pintadas según los dibujos de Rafael, de Julio Romano, de Miguel Ángel y de otros artistas igualmente célebres. Pueden dividirse en cuatro clases. La primera encierra los acontecimientos más memorables del Antiguo y del Nuevo Testamento; la segunda las hazañas de los Romanos; la tercera, las metamorfosis de Ovidio; la cuarta, dos juegos infantiles. Al sentir de un historiador, la reina Cristina de Suecia los estimaba más que todas las riquezas contenidas en el tesoro de Loreto, «porque, decía ella, las piedras preciosas no faltan en otras partes, ¿pero en dónde se podría encontrar una colección tan numerosa y tan admirable?»<sup>1</sup>

El día acabó con una visita á las Señoras del Sagrado Corazón establecidas en Loreto hace algunos años. ¡Ojalá y la Santísima Virgen bendiga su establecimiento y se digne aceptar en compensación de los robos sacrílegos cometidos en su santuario por manos francesas, las oraciones y los trabajos de las nobles hijas de la Francia que consagran á su vista, sus talentos y su vida en formarla otros tantos santuarios vivientes que ellas cuentan en los corazones de las jóvenes confiadas á su piadosa solicitud.

<sup>1</sup> Bartoli, *Ist. di Lor.*, c. 20.

## 4 DE ABRIL.

Misa en el altar de la Anunciación.—Llegada de los Peregrinos.—Los Dálmatas; sus oraciones.—Nuevo Vetturino (cochero).—Contrato.—Salida de Loreto.—Ancona.—Arco de Trajano.—Catedaal.—Sarcófago de Cornónio.—Historia y conversión de la joven Annina Costantini.

Habiendo caído en este año el Viernes Santo el día 25 de Marzo, la fiesta de la Anunciación de la Santa Virgen se había trasferido para el 4 de Abril. Gracias á esta circunstancia, tuve la dicha de celebrar el augusto sacrificio en el altar de la Anunciación, el día del aniversario del gran misterio. Como ya he dicho, este altar está colocado abajo de la ventana misma en donde diez y ocho siglos ántes, el arcángel Gabriel, resplandeciente de luz, se apareció á María y la dijo: *Dios te salve María, llena de gracia*. La traslación de la fiesta, nos procuró otro goce. De todos los lugares vecinos llegaban las poblaciones con su estandarte á la cabeza cantando las letanías, para celebrar el alegre misterio, felicitar á la augusta Virgen y ofrecerla el tributo de la ternura más filial. En los umbrales de la basílica caen de rodillas las piadosas procesiones y subían así la vasta basílica, cuyo pavimento recibía sus abundantes lágrimas, mientras las bóvedas repetían sus oraciones y sus cantos. Al llegar al último pedáneo que conduce á la Santa Capilla, los peregrinos daban una vuelta de rodillas alrededor del edificio, siguiendo el basamento de mármol que sostiene las magníficas esculturas. Y yo he visto ese camino de mármol cavado, surcado, por las rodillas de los fieles; las piadosas esculturas, los crucifijos de bronce, están gastados por sus ardientes besos. ¿Cómo asis-

tir á un espectáculo semejante sin sentirse profundamente conmovido de la fe tierna y vigorosa de aquel buen pueblo? Las comuniones fueron innumerables.

Pero lo que nos enterneció hasta llorar, fué una numerosa caravana de Dálmatas con su traje tan pintoresco y tan sencillo, que había pasado el Adriático, para venir, según una costumbre seis veces secular, á visitar á su Virgen, á dirigirla oraciones y tiernos reproches. De rodillas delante de la Santa Capilla, con las manos extendidas, los ojos llenos de lágrimas, ya levantados al cielo, ya fijos en la santa imagen, no cesaban de decir en alta voz: «Volved con nosotros ¡oh hermosa Señora! ¡volved á nosotros, oh María, con vuestra Santa Casa!»<sup>1</sup> Y durante horas enteras seguían las mismas palabras y las mismas lágrimas. Este lenguaje, demostración elocuente de un pesar eterno, todos los siglos lo han oído.

«He visto llegar en el año 1549, escribe el P. Riera, más de trescientos peregrinos de aquella nación, con sus mujeres y sus hijos, llevando antorchas encendidas, detenerse desde luego en la gran puerta, en donde se prosternaron para implorar el socorro de Dios y de su Santa Madre; luego, arrodillados todos y arreglados en orden por sus sacerdotes á quienes habían llevado consigo, entraron así al templo exclamando con una sola voz en su idioma natural: «Volved, volved á Fiume, oh María! María, volved á Fiume..... María!... María!... María!»<sup>2</sup> Su dolor era tan vivo y su oración tan ferviente, que yo trataba de imponerles silencio, temiendo que fuesen oídas aquellas ardientes súplicas y que la Santa Capilla fuese quitada á la Italia para ir á Tersatz

<sup>1</sup> Ritorna a noi, bella Signora; ritorna a noi o Maria, colla tua casa.

<sup>2</sup> Revertere, revertere Flumen, Maria, Maria, Flumen revertere! O Maria!... Maria.... *Hist. Loreti*, C. IV.